



JUAN GÓMEZ

LAS CUEVAS Y SUS MISTERIOS

III PREMIO ENIGMAS

PRÓLOGO DE
JOSE MANUEL
GARCÍA BAUTISTA

Lectulandia

CUEVAS MILAGROSAS

Que llueva, que llueva, la Virgen de la cueva.

Canción infantil

¿Quién no ha cantado alguna vez esa conocida canción infantil? Como si de una plegaria se tratara, son infinitas las veces que ha servido para implorar a la Virgen que obre el milagro de la lluvia, bien porque había escasez o bien ante algún acontecimiento festivo, cuando se le pedía a la Virgen que hiciera llover, como un chaparrón si fuese necesario, antes de la fecha, para que así descargara el agua y no arruinase los preparativos, aunque con ello, tal como dice la canción, «se rompieran los cristales de la estación».

Casualidad o no, lo cierto es que si viajamos en el tiempo nos daremos cuenta de que los dioses asociados a la lluvia parecen tener un curioso denominador común: suelen vivir en cuevas o cavernas. Probablemente porque allí están guarecidos en el momento en que deciden ejercer su poder, que sirve bien para ayudar a los hombres o para castigarlos. En el año 2011, en la famosa ciudad maya de Chichén Itzá, unos investigadores arqueólogos de la Universidad Autónoma de Yucatán descubrieron bajo las aguas de una cueva submarina huesos humanos y de animales, vasijas de cerámica, cuentas de jade y de conchas, cuchillos de pedernal y otros objetos que habían sido colocados de manera cuidadosa y selectiva en lo que parecía una ofrenda sagrada de petición de lluvia. Los investigadores calcularon que este ritual había sido realizado en honor al dios Tláloc, el dios maya de la lluvia, justo cuando esta antigua civilización padeció dos periodos de sequía extrema y que provocó el llamado colapso maya. Su nombre completo es Tláloc-Tlachpanquiahtl, término de la lengua náhuatl que se traduce como «el camino debajo de la tierra o cueva larga». A este dios se le representaba con un labio superior muy pronunciado que simbolizaba la entrada a la cueva que comunica con el inframundo. En un estudio sobre los conceptos simbióticos de la religión practicada por los grupos tzotzil, el pueblo que habitaba en los Altos de Chiapas se dice: «Se piensa que los cerros y las montañas constituyen el hogar del Ángel, Dios de la lluvia, señor de la vida animal y protector de nuestro sustento». Con respecto a las cuevas se dice que «son las entradas a la mansión del Dios de la lluvia» y que «las fuentes y manantiales son los dones que este ofrece al hombre». Si nos vamos a la cultura japonesa, nos encontramos a una deidad femenina, Ameonna, quien es capaz de atraer la lluvia solo con lamerse la

mano. Para la mitología báltica una deidad llamada Perkunas, dios del trueno y la lluvia, tiene su hogar en el interior de las montañas. En la mitología griega, Urano era el dios primordial personificador del cielo, el hacedor de la lluvia cuya madre es Gea, es decir, la Madre Tierra. En la mitología chol, las cuevas son los dominios de la deidad terrenal principal conocida como el Dueño del Cerro de los tzotzil, el dueño de todos los bienes. En la antigua cultura sumeria, Enki —nombre cuyo significado en la mitología arcadia y babilónica era «el señor de la tierra»— era representado con un gran manantial de agua. Lo mismo sucede en las deidades finlandesas, donde Ukko es el nombre que le da la mitología de ese país al dios de la lluvia, quien a su vez es esposo de Rauni, conocida como la Madre Tierra. Igualmente nos encontramos con la diosa celta Mari, cuya similitud con el nombre de María no pasa desapercibida, y que representaría tanto a la lluvia como a la Madre Tierra. Por supuesto, en la religión cristiana existen varias «entidades» encargadas de que la lluvia y la tierra provean al hombre de una buena cosecha y de abundancia, mientras que la Virgen María, a la que la cristiandad considera metafóricamente como La Madre, coincidente con el concepto de Madre Tierra de otras culturas, es capaz de intervenir en asuntos de la naturaleza como el sol, el viento y, por supuesto, la lluvia.

Toda esta mezcolanza de creencias ha provocado que, en muchos lugares, el sentir popular hallara relación entre ciertos enclaves cavernarios y la presencia, casi tangible, de algunas de estas deidades, y las cuevas han sido para muchas culturas puertas de manifestación divina.

¿Puertas del cielo?

No son pocas las culturas y tradiciones que nos hablan, siempre bajo el prisma de sus leyendas, de cavidades que eran antesala de mundos maravillosos donde el ser humano es eterno, donde se vive sin enfermedades ni penurias y donde el tiempo parece detenerse. Las cuevas ofrecen la posibilidad de adentrarse en grandes palacios con salones de oro, jardines exuberantes con fuentes que emanan ambrosía o aguas cristalinas, al extremo de que su ingesta podría otorgar la inmortalidad. Lugares cavernarios, pero ampliamente iluminados bajo una fuente de energía desconocida, donde no solo habría humanos, sino que habitarían animales de características tan bellas como exóticas. Aquel que pudiera acceder a ese mundo sería recibido con todo tipo de agasajos por sus habitantes, seres de gran nobleza, espiritualidad y amabilidad, quienes invitarían al recién llegado a quedarse allí para siempre.

Sería lógico pensar que algunas cuevas alimentaran la idea de una entrada al cielo a consecuencia de sus características geológicas, y que ofrecerían al visitante de una época remota la irrealidad de estar en el interior de algún tipo de edificación construida por alguna deidad ancestral. Cuevas con amplias salas con gigantescas columnas de piedra y paredes que, por las características de la piedra, refulgieran como si el oro o la plata se hubieran fundido en la roca. Esto sería aún más evidente

en cuevas como la de Sorbas, situada a unos 55 kilómetros de Almería. En 1967, el Grupo Espeleólogo Provincial incursionó en ella; al salir, describieron su interior como todo un festival para los sentidos gracias a los destellos que desprendía la cristalina roca de yeso, que conseguía reflejar la luz con las más increíbles tonalidades. Tal como fue publicado en el diario *El País*: «Si los sentidos se mantienen despiertos, el visitante podrá admirar los más bellos rincones moldeados por el agua, palpar las rocas, sentir la agradable humedad del ambiente y, como el mayor de los premios, escuchar el silencio».

Si tal espectáculo puede maravillar al hombre moderno, ¿qué debemos pensar sobre el efecto que estas cavidades producían en épocas anteriores? Es revelador el titular que acompañaba la noticia refiriéndose a esta cueva como «El paraíso en la tierra». Y es que la palabra «paraíso» proviene de la palabra persa *pardés*, que se traduciría como «jardín cerrado». Lugares donde todo era perfecto, aunque acotado y de acceso casi prohibido. En las culturas sumerias y egipcias, los pastores nómadas dejaron reflejado en sus mitos que en ciertos lugares la tierra emanaba leche y miel, albergando la idea de la existencia de algún mundo subterráneo de grandes abundancias. En la cultura celta se hace referencia a los *sidhe*; estos lugares serían montículos o cavidades en la tierra que servirían como guarida para las hadas, seres muchas veces asociados a reinos fantásticos y paradisiacos ocultos bajo la tierra. También en esas mismas tradiciones celtas nos encontramos con el llamado *Paradisus Avium* (paraíso de las aves), situado en el inframundo, donde vivirían ciertas divinidades con forma de pájaro. Descubrimos en las tradiciones galesas el *Annwn*, un mundo paradisiaco subterráneo al que viajaría el propio rey Arturo para llevarse un caldero mágico capaz de producir comida en abundancia, y cuya entrada se situaría en una cavidad oculta en el otero de Glastonbury.

Lo cierto es que en estos paraísos siempre reina la abundancia y fluye el agua de manera permanente. Es por tanto lícito pensar que si el agua está íntimamente ligada al paraíso, esta pudiera contener algún tipo de propiedad divina de la cual el hombre podría aprovecharse; tan solo se debería localizar un lugar determinado donde el agua fluyera quizá de manera repentina o cuya procedencia fuera ignota. Aguas que fueran portadoras de la esencia del mismo paraíso, y, por lo tanto, que tuvieran la capacidad de transmitir, al menos en parte, alguna de las singularidades de tal idílico lugar: desde la cura de enfermedades o la consecución de los deseos hasta la propia inmortalidad.

El milagro del agua

En este sentido, las cuevas y el agua están íntimamente ligadas a la consecución de los deseos y a las curaciones milagrosas. No hay más que darse una vuelta por la geografía española para darse cuenta de que, en las salidas de aguas subterráneas, junto a las bocas de las cuevas donde emanan, son muchas las personas que lanzan

una moneda pretendiendo invocar una especie de buena suerte. El agua y la cueva de donde surge serían un lugar sagrado o mágico que, por algún motivo, tendría la curiosa propiedad de conceder deseos. Esto también sucede en fuentes o nacimientos de ríos, algo que no es casual, ya que volvemos a encontrar el paralelismo de la unión del agua con el lugar de donde esta emana. Esta creencia sigue muy extendida en la actualidad, y no son pocos los que aseguran que, tras lanzar una moneda a un enclave determinado, se cumplirá su deseo. Otros quizá no crean en absoluto que esto pueda dar resultado, pero no son pocos los que, aun así, lanzan la moneda «por si acaso». Aunque sea de manera simbólica, el ritual popularmente aceptado requiere darse la vuelta y lanzar la moneda por encima del hombro —algunos afirman que tiene que ser sobre el hombro derecho—, y dejar que la intangible deidad que concederá el deseo decida cuál es el sitio donde ha de caer la moneda para que aquel acabe consumándose. Pero esta práctica no es actual. El hombre la lleva realizando desde tiempos inmemoriales. Ya en el folclore más ancestral se hablaba de los pozos de los deseos para describir lugares ocultos bajo tierra donde brotaba el agua. Esto no es casual, ya que el agua, como elemento vital de subsistencia para el hombre, era necesario tenerla cerca de las casas. Se encontraba agua excavando la tierra, no faltaba quien asociaba el descubrimiento a algún tipo de intervención divina, por lo que aquella podría contener algún tipo de propiedad mágica o incluso conceder de deseos. En la mitología nórdica nos encontramos con el Pozo de Mimir, también conocido como el pozo de la sabiduría. Según sus mitos, Odín arrojó al pozo su ojo para recibir, no solo la sabiduría y ver el futuro, sino la comprensión del porqué de las cosas. Pero más allá de los mitos, lanzar una moneda a un pozo quizá tuviera más que ver con el hecho de que las propiedades del cobre y la plata, los dos materiales usados tradicionalmente en la elaboración de las monedas, podrían ayudar a eliminar algún tipo de bacteria en el agua de estos pozos —así, quienes la consumieran serían menos propensos a ser afectados por ciertas enfermedades— e incluso provocar algún tipo de curación, por lo que sería factible que se propagara la creencia de que las aguas de esos pozos tenían propiedades milagrosas, y la capacidad de atraer la buena fortuna. Así, se convertirían en legendarios y acabarían por convertirse en entradas a un mundo subterráneo mágico y sagrado.

En el mundo hay tantos pozos de los deseos, probablemente, como deseos en sí mismos. Así que me gustaría mencionar algunos de ellos realmente interesantes y curiosos. Este es el caso del Pozo de los Deseos de La Alhambra, cuya historia es realmente deliciosa.

Según este relato —recogido por don Gaspar Núñez de Arce y publicado en el Boletín del Ateneo de Madrid en el año 1892—, a principios de 1431, cuando Granada estaba a punto de ser reconquistada por los cristianos, Ismail Ibn Sarray, hijo del visir, estaba perdidamente enamorado de María de Luna y Pimentel, hija del condestable don Álvaro de Luna. Ambos se correspondían mutuamente, pero también ambos sabían que su amor debía permanecer en el más absoluto secreto. Con la

muerte de su padre, Ismail fue nombrado visir y encargado de repeler las embestidas castellanas sobre Granada; sin embargo, tanto Ismail como María de Luna seguían alimentando su amor en absoluto secreto. Para ello, se veían a escondidas en el Castillo de Salobreña. Ambos sabían que, si el reino de Granada caía en manos castellanas, no se volverían a ver jamás. María habló con su padre, el condestable de Castilla, pues sabía de las penurias económicas del rey después de tantas batallas contra Aragón y Granada, y de los sueldos y rentas que debía pagar a sus soldados y nobles. A su padre comunicó que el rey nazarí de Granada estaba dispuesto a darle en secreto 5.000 monedas de oro a cambio de que no atacara su reino. Asimismo, Ismail habló con Muhammad IX de Granada con la propuesta de pagar aquel dinero por la paz con Castilla, pero este pago debía mantenerse en secreto, pues nadie podía llegar a enterarse jamás de aquel acuerdo. Muhammad, para justificar la repentina desaparición de las 5.000 monedas de oro y ante la imposibilidad de decir la verdad, reunió a su corte a sabiendas de que los contables llevaban un estricto control del tesoro del reino. Explicó que había ordenado que se tiraran las monedas a un pozo mágico que había en la Alhambra de Granada, que concedía un deseo a todo aquel que las arrojara, y que él había deseado que cesara la guerra con Castilla. Todos le tomaron por loco, pero la guerra cesó, y hasta el más escéptico tuvo que reconocer el acierto del rey. Esto propició que Ismail y María de Luna se siguieran amando a escondidas durante todo aquel tiempo de paz, el cual duró hasta la muerte de ambos. El misterio de esta historia es que, por supuesto, Muhammad IX nunca reveló la ubicación de tan mágico y poderoso pozo, sabiendo lógicamente que sus administradores querían comprobar que las monedas estuvieran allí. Por eso cuenta la leyenda que si el visitante ve algún pozo en la Alhambra debe tirar una moneda y pedir un deseo, pues puede que resulte que ese sea el pozo mágico donde del rey de Granada Muhammad IX lanzó sus monedas y que, al igual que a este, se le cumpla el deseo.

En Toledo nos encontramos también con el conocido Pozo Amargo, cuya leyenda parte de épocas musulmanas y se asemeja casualmente a la anteriormente mencionada de La Alhambra, aunque con tintes mucho más dramáticos. En esta ocasión, la historia narra el idilio amoroso entre un hombre cristiano y una mujer judía de nombre Raquel. Ambas religiones no escatimaban esfuerzos en atacarse la una a la otra, ni despreciarse en cualquier ocasión, lo que generaba la animadversión y el odio entre quienes profesaban ambos credos. El Pozo Amargo pertenecía a la imponente mansión propiedad del padre de la joven, un extremista religioso judío llamado Leví, cuya fortuna rivalizaba con la de cualquier rey. Dicen de Leví que tenía un rudo, agrio, áspero e indomable carácter. Pero tenía un punto débil, el desbordante amor, casi enfermizo, por su hija Raquel. Raquel era delicada, y su aspecto y su fragilidad encandilaron a un joven cristiano, quien rondó la casa hasta que se fijó en él y encendió la llama del amor en ella. Durante largo tiempo, los amantes ocultaron a sus familias el romance, el cual hubiera sido prohibido de inmediato. Pero los

secretos a veces no pueden guardarse por mucho tiempo. Según la leyenda, el padre de Raquel fue informado de las andanzas amorosas. En su infinito egoísmo, el anciano padre esperaba que Raquel se quedara con él para siempre, pero ahora veía cómo ese idílico futuro le podía ser arrebatado por las manos de un caballero, que para más vergüenza era cristiano, lo que encendió en sus ojos el ancestral odio que profesaba a cualquiera que siguiera tales creencias. Mientras, los dos amantes utilizaban las sombras que proporcionaban los íntimos recovecos del jardín donde estaba construido el pozo para dar rienda suelta a su amor prohibido. Una noche, ambos quedaron para que esas mismas sombras fueran testigos de su romance. El joven llegó primero a la cita pero, junto a él, un testigo iba a ennegrecer el destino de la pareja. El anciano padre de Raquel esperaba en un extremo del jardín agazapado tras un robusto tronco a la espera de consumir su venganza. Este, sin poder aguantar más imaginando a su hija en los brazos de un cristiano, se abalanzó sobre el joven ahogando un grito de rabia. Mientras el joven iniciaba la lucha contra esa sombra, un relámpago rojizo rasgó las tinieblas revelándole así el rostro de su agresor. En la lucha, otro relámpago restalló en el cielo revelando con su luz la afilada hoja de un puñal que, en el forcejeo, se hundió en el cuerpo del joven. Cuando Raquel llegó al lugar, contempló con horror cómo su adorado amante yacía con un puñal en el pecho, y reconoció el arma como una de las de su padre. Su alma se hizo añicos hasta convertirse en polvo, cegando la poca razón que le quedaba y sumiéndola en un dolor más profundo que el pozo que había sido testigo de su amor. Desde ese día, la joven permaneció consumida por una locura que la hacía ver cómo su amado la llamaba constantemente desde el pozo de la casa de su abyecto padre. Raquel murmuraba palabras incoherentes mientras Leví sucumbía ante lo que sus actos habían llevado a su casa. Así pasaron los meses, hasta que un día la joven se acercó hasta la boca del pozo y allí creyó ver la imagen de su infeliz amado. Sin tiempo de que los sirvientes ni su propio padre pudieran detenerla, cuenta la leyenda que Raquel se inclinó hacia el abismo del oscuro pozo para no regresar jamás. Cuando por fin lograron sacarla, la joven yacía muerta. Con el paso del tiempo, la fastuosa mansión fue destruida y solamente permaneció el pozo, cuyas aguas, antaño cristalinas y poseedoras, según dicen, de grandes propiedades, se tornaron amargas e imbebibles. Sin embargo, del pozo se cuenta que sus aguas aún conservan la energía del amor de aquellos amantes y concederá los deseos amorosos de todo aquel que se lo pida.

Historias como esta pueden ser la consecuencia de que alguien espere encontrar su particular pozo del deseo en algún pozo, fuente o río. Es más, si algunas de estas personas afirman que sus deseos se cumplieron o que bebieron de sus aguas y se les curó algún tipo de enfermedad, puede que tengamos un lugar de peregrinaje que, si adquiere fama suficiente, quién sabe si incluso acabará con su sacralización bajo el influjo de algún santo o alguna Virgen.

Ejemplos de ello encontramos en muchísimos puntos en España, pero si tengo que nombrar alguno, desde luego, Aragón se lleva la palma en número de fuentes y manantiales milagrosos por kilómetro cuadrado, que, muy hábilmente, la Iglesia tuvo a bien apropiarse. La ermita de santa Elena, en las proximidades de Biescas, se incrusta en una gruta de donde brota una surgencia milagrosa conocida como La Gloriosa. Todos los milagros atribuidos a la santa giran en torno a las aguas del manantial. Estas sanaban a los enfermos, combatían los «problemas con el demonio», pues no eran pocos los que decían estar poseídos por esta entidad maligna, la cual era expulsada gracias a la acción de santa Elena a través de las aguas de este manantial. El carácter intermitente de la surgencia dio origen a numerosas leyendas, y se consideraba que el momento en el que más propiedades milagreras tenía el manantial era justamente cuando brotaban de nuevo sus aguas. Por el contrario, cuando estas dejaban de manar, esto se atribuía a algún tipo de vulneración de lo sagrado. En otro lugar de Aragón, nos encontramos con la ermita de san Juan de Abenilla; fue construida donde dicen que brotó el denominado Fontanón de san Juan, cuyas propiedades curativas fueron asumidas por la Iglesia. En el oscense pueblo de Matidero, la Iglesia edificó el santuario Virgen de los Palacios aprovechando la creencia de las gentes sobre las propiedades benefactoras de una surgencia en el lugar; lo mismo sucede con la ermita de santa María de Iguácel, estratégicamente ubicada junto a unas aguas que, aseguran, son capaces de sanar hasta los males endémicos o de nacimiento. En Aísa existe la llamada fuente de la Magdalena; esta era incluso capaz de remediar mejor unos males que otros. De ella se decía que podía curar el herpes y otras enfermedades cutáneas. Otro ejemplo lo encontramos en el santuario de Cillas, que tiene en propiedad las aguas de una fuente a las que se atribuye la cualidad de la curación de enfermedades, pero no solo eso, se dice que algunos vecinos se llevan el agua para sus peceras pues, al parecer, es capaz de prolongar la vida de los peces. En el Barranco de la Salud, nombre que ya nos va dando pistas de lo que allí nos encontramos, se encuentra la ermita de Jara, convenientemente edificada junto a las fuentes de Marzal y de La Teja, cuyas propiedades curativas son conocidas por los lugareños. Pero, como decía, la lista de las fuentes milagrosas aragonesas es larga, muy larga. En la pequeña localidad de Liri, existía la costumbre de que las mujeres debían beber agua de nueve fuentes diferentes, una por cada mes de embarazo, para quedarse encinta. En Sopeira, las gentes acudían a cinco fuentes que se decían curativas. En Líneas de Brota, las aguas de un manantial curaban el bocio, pero solo si se bebían siete sorbos; lo mismo ocurría con las aguas en San Juan de Plan. Los vecinos de Escarrilla daban un paso más allá con las aguas de siete fuentes que surgían de la montaña, rociando sus casas y corrales con ellas, ya que se creía que ofrecían protección ante cualquier mal. Algo parecido debieron de pensar los vecinos de Forada del Toscar; allí eran también siete las fuentes que emanaban de las entrañas de la tierra y que hacían desaparecer de manera milagrosa todo tipo de verrugas.

Según la tradición, otros manantiales surgidos de cuevas y grietas de la montaña lo fueron gracias al poder milagroso de un santo, como el caso de san Úrbez, considerado el abogado de la lluvia, de quien se decía que donde tocaba su cayado brotaba agua. En Laspuña, junto a la ermita de Fuensanta, nombre que le viene al pelo, existen numerosos manantiales de los que, se cuenta, son milagrosos. Pero aquí no queda la cosa en cuanto a la prolífica manifestación de aguas milagrosas de Aragón, porque ante tanto lugar santo la Virgen no podía ser menos, y utilizando su gran capacidad para aparecerse ante los vivos, se dice que se apareció junto a la denominada Fuente del Milagro, en la Cartuja de Nuestra Señora de las Fuentes, en el término de Sariñena. Asimismo, volvería a aparecerse en Bielsa; aquí se conoce como la Virgen de la Pineta, precisamente por haber aparecido en un pino. Según dicen, la Virgen se elevó y voló hasta asentarse junto a un manantial de la montaña de Alarri conocido como Fuensanta. Dicen que de él brota agua milagrosa consagrada por la Virgen y que su pureza es de origen tan divino que, si se echa «cosa inmundada», se seca, al menos según el relato del padre Faci.



Ermita de Santa Elena (Biescas).

Como se puede comprobar, parece que Aragón fue bendecido para contener una de las mayores colecciones de aguas benditas, curativas o milagrosas de España. Tanto es así que, incluso entre localidades vecinas, llegó a haber verdaderas disputas por determinar cuál de las poblaciones disponía del manantial o la fuente que dispensaba más y mayores curaciones o milagros, lo que provocó auténticos debates vecinales. Si salimos de Aragón, la lista de lugares con aguas milagrosas en el mundo es inabarcable; desde Hunza en el norte de la India a Vilcabamba en Ecuador, pasando por Montichiari en Italia o la actual y mediática Medjugorje en Bosnia. Esta última es el más actual exponente de estas aguas milagrosas, aunque el lugar donde se produce la surgencia no es una fuente o un manantial en la roca, sino que estas aguas nacen de la mismísima pierna de Cristo. Este Cristo milagrero está íntimamente ligado a las supuestas apariciones marianas del lugar. Lo curioso en lo relativo al siempre enigmático fenómeno de estas apariciones es que no todos tienen su origen en el cielo, sino en un lugar mucho más oscuro y, a priori, poco adecuado para una Virgen, como una cueva.

Apariciones marianas en cuevas

Francisco de Zurbarán pintaba en 1655 un bello lienzo al óleo. En esa obra, el prolífico artista dibujó una Virgen coronada como una reina que viste una túnica de intenso color rojo, mientras dos ángeles sostienen en el aire, y a cada lado del cuadro, un gran manto cuyo exterior es de color celeste. Bajo este manto, se cobijan varios monjes cartujos. He de confesar que hay algunos motivos por los que este cuadro, lejos de mostrarme una Virgen cándida y protectora, me inspira una cierta sensación de inquietud. Explicaré por qué. La expresión facial de los monjes parece determinar una gran devoción, pero basta con fijarse más detenidamente en sus rostros para darse cuenta de que, en realidad, algunos de ellos reflejan temor y hasta desconsuelo. Tampoco la mirada de la Virgen es tranquilizadora. Esta no mira a los monjes, sino al que contempla el cuadro, es decir, a usted o a mí, y he de confesar que lejos de ser una mirada bondadosa, parece más bien amenazante. Si tuviera que apostar qué está pensando esa Virgen, diría que sería algo así como «o estás conmigo o estás en mi contra». Su manto protector tampoco inspira confianza, bajo él solo hay oscuridad, que parece engullir a los monjes a los que supuestamente protege, pero ¿de qué? Para mayor desconcierto, a los pies de la Virgen la tierra está yerma, seca y estéril, y varias flores aparecen caídas o muertas. Zurbarán tituló esta obra *La Virgen de las Cuevas*. Estas extrañas sensaciones cuando observo la obra de Zurbarán son las mismas que me producen esos lugares donde las cuevas han sido las protagonistas de la supuesta manifestación de la Virgen. Son personajes aparentemente divinos, de luz, pero asoman a este mundo al abrigo de la oscuridad y las sombras de las cavernas, y cuyas intenciones son, cuando menos, cuestionables.

El 13 de mayo de 1917, tres pequeños niños pastores fueron a realizar sus quehaceres a un lugar conocido como la cova da Iria o cueva de Iria. Junto a ella y sobre una encina, Lucia dos Santos y sus primos, Francisco y Jacinta Marto, aseguraron contemplar a una mujer a la que describieron como «más brillante que el sol», vestida de blanco y con un manto de bordes dorados. Los niños aseguraron que la aparición llevaba un rosario en las manos y que les pidió que regresaran cada mes el mismo día y a la misma hora. La supuesta Virgen se apareció durante cinco meses, hasta que los niños decidieron contárselo al pueblo. Sin embargo, esta aparición, lejos de convertirse en una bendición para los pequeños, predijo la muerte de dos de ellos, en concreto de Jacinta y de Francisco. Algo que se cumplió cuando Francisco acabó muriendo al año de la predicción de una enfermedad que sería conocida en el mundo como «gripe española», mientras que Jacinta lo haría un año después por una infección bacteriana. Extraña profundamente que una divinidad como la Virgen utilice a unos niños para enviar su mensaje pero no evite su muerte. Lejos de eso, durante el tiempo en que los niños estuvieron con vida, los mensajes de esta aparición exhortaban al arrepentimiento y a la penitencia bajo la constante amenaza de una gran catástrofe. Es interesante meditar sobre el proceso de adopción de devotos con la estrategia del miedo, lo que me hace recordar la mirada de *La Virgen de las Cuevas*, de Zurbarán; «o estás conmigo o estás en mi contra». Pero sigamos. El grado de compromiso que pedía esta Virgen era tal que los niños llegaron a realizar diferentes actos de penitencia e incluso de mortificación como atarse fuertes cordones alrededor del cuerpo hasta provocarse un gran dolor. Pero no solo eso, esta «bondadosa» aparición provocó el miedo entre sus devotos cuando, siempre a través de los niños, presagiaba grandes guerras, cataclismos y calamidades a nivel mundial, lo cual remató el 13 de junio de 1917, con un supuesto último secreto, presumiblemente apocalíptico, que fue revelado justamente en la cova da Iria. Es interesante mencionar que la Virgen pareciese realmente entristecida por la falta de bondad humana, pero aún más por su supuesta falta de fe. Insistía tan fervorosamente en esto último, que más pareciese una comercial religiosa que una enviada por la divinidad; eso sí, no sin antes advertir del castigo que llegaría a aquellos que no siguieran los preceptos cristianos, «o estás conmigo o estás en mi contra». Entremedias, tampoco faltaban los mensajes que alentaban al amor y el hermanamiento de la humanidad frente a conflictos, guerras, hambre o pobreza, hechos estos que parecían provocar en el corazón de la Virgen un gran sufrimiento. Sin embargo, a pesar de su aparente empatía hacia las desgracias del hombre, a la Virgen no pareció importarle en absoluto que los niños fueran secuestrados por mandato del propio alcalde de Vila Nova de Ourem y sometidos a todo tipo de castigos físicos con el objetivo de que revelasen el contenido de ese último y secreto mensaje. Eso sí, más que en la salud de los niños, o en la confraternización de la humanidad, la supuesta Virgen parecía estar mucho más interesada en que se construyera una capilla en el lugar para su adoración, algo en lo que había hecho bastante hincapié. Por último, el 13 de octubre de 1917 y

ante unas setenta mil personas, se produjo lo que muchos calificaron como «el milagro del sol», en el que los testigos afirmaron que el astro rey se desplazaba de un lado a otro en una suerte de danza.



La Virgen de las Cuevas, Zurbarán.

Sin duda, curiosa Virgen esta que prefiere una capilla a salvar la vida de dos niños. Curiosa Virgen esta que parece estar encantada atemorizando con sus mensajes a los hombres, viendo cómo se fustigan en su nombre. Curiosa Virgen esta que no impide la tortura a dos niños mientras se jacta de poder mover el sol. Curiosa Virgen esta que, en su último secreto, siempre bajo una interpretación posterior, parecía darle una importancia relevante a la supuesta amenaza comunista, pero que se saltó a la torera la confrontación más terrible de la humanidad: la Segunda Guerra Mundial.



Cueva de Lourdes.

Algo muy similar encontramos en las supuestas apariciones de Lourdes, en Francia, a mediados del siglo XIX, curiosamente también ocurridas en el interior de una cueva, en concreto en una gruta del paraje de Masse-Vieille. Allí, la supuesta Virgen se le apareció a una niña pobre y analfabeta llamada Bernadette Soubirous, quien aseguró haber visto a la Virgen hasta en dieciocho ocasiones. Esta Virgen, al igual que la de Fátima, parecía estar más preocupada por que le se construyera una capilla para que todos la adoraran que de sacar de la pobreza a los lugareños, los cuales se empobrecieron aún más en pos de la construcción de dicha capilla. Junto a la gruta se dice que, por mandato divino, la vidente escarbó en el suelo hasta que comenzó a brotar una supuesta agua milagrosa capaz de curar cualquier tipo de dolencia, lo que propició que se contaran por millares las personas que recalaban al lado de esa gruta para beber de sus aguas.

Bernadette acabaría recluida en el convento de las Hermanas de la Caridad de Nevers, cuya madre superiora jamás creyó en su testimonio y sus encuentros con la Virgen; la misma Virgen que obró el prodigio de hacer brotar aguas milagrosas y curativas junto a la gruta, pero a la que no importó ver cómo Bernadette acababa muriendo entre estertores, con ataques de asma que le provocaban vómitos de sangre, mientras una tuberculosis ósea extremadamente dolorosa se sumaba a la aparición de un tumor que literalmente le había comido una pierna.

La cueva milagrosa de Alconchel

Los franciscanos, frailes seguidores del santo de Asís, adoptaron los principios de humildad y pobreza como vía de regreso a las esencias cristianas. Sin embargo, hasta las obras de un santo pueden ser alteradas por personas que no lo son tanto. Esta es una historia de franciscanos que deambularon por un espacio habitado siglos atrás por ascetas y místicos, hombres alejados del mundo en busca de sí mismos, en un lugar apartado en la tierra más ignota de Badajoz.

Es necesario recorrer unos 10 kilómetros por caminos trazados entre dehesas para llegar al convento. Situado al suroeste de Alconchel, al norte de Villanueva del Fresno, sus restos se alzan junto a la riera de Friegamuñoz, afluente del río Guadiana. Cuenta la leyenda que un pastor llamado Antonio Muñoz, que se encontraba fregando sus enseres en un riachuelo en la sierra, presenció una luz y oyó una voz que provenía de una cueva cercana que le decía: «Friega, Muñoz, friega». Temeroso pero valiente, se adentró entre las rocas. Allí, encontró una talla que guardó en el morral creyendo que era una muñeca. Al día siguiente, la escultura no estaba en su zurrón. Intrigado por el fenómeno, fue en su busca. La encontró de nuevo en su cueva, desde donde volvió a trasladarla a su casa. Los hechos se repitieron una y otra vez durante los días siguientes. Clérigos de Alconchel, informados del acontecimiento, determinaron que la escultura era una representación de la Virgen, y las apariciones y evaporaciones, fruto de sus milagros. El riachuelo junto a la cueva pasó a denominarse Friegamuñoz.

A pesar de las malas comunicaciones existentes en la Baja Extremadura de fines del siglo xv, pronto se propagó la noticia por la comarca, y acudieron a los lugares devotos de Nuestra Señora y curiosos. Juan de Sotomayor, II señor de Alconchel, sufragó las obras de construcción de un pequeño santuario en el lugar de la aparición, santuario dedicado a la conocida desde entonces como Virgen de la Luz. El templo era semisubterráneo, pues en él se integraba la cueva en la que Muñoz encontró la imagen mariana y junto a él se edificaron dependencias de carácter monástico que, una vez erigidas, fueron entregadas a los Franciscanos Descalzos en septiembre de 1499. Poco después, los Reyes Católicos ordenaron prender a fray Juan y obligaron a sus frailes a entregar los conventos a los Observantes. Esto provocó una ira y un odio impropios de seguidores del santo de Asís, que llegaron a cometer actos violentos para recuperar el convento.



Restos del antiguo convento de Alconchel.

Las guerras con Portugal del siglo XVII conllevaron el abandono del convento de la Luz. El conflicto provocó la ruina. Fueron necesarias muchas restauraciones para hacerlo nuevamente habitable. La guerra de sucesión, a principios del siglo XVIII, forzó un nuevo periodo sin actividad. A su finalización, volvieron los monjes, que realizaron trabajos de reparación y mejora del emplazamiento, pero el lugar acabó abandonado. Ante tales desgraciados acontecimientos, algunos se preguntan si realmente la aparición de la talla de la Virgen de Alconchel obró milagros, o fue la propiciatoria de una maldición sobre la zona y su convento, hoy en día en ruinas.

La Virgen de la cueva del Contadero

El salón de plenos del Ayuntamiento de Los Villares, en Jaén, fue el escenario elegido para presentar el libro *Flora y la Virgen del Contadero*, de Manuel Colmenero Armenteros y Manuel Rodríguez Arévalo. Manuel Colmenero explicó a los asistentes su faceta de montañero que le llevó en varias ocasiones hasta la cueva del Contadero, donde se encontraba a menudo a senderistas que le hablaban de los hechos que ocurrían en esa cueva y, en especial, de las virtudes de Flora Ruiz, vecina de Los Villares que desde hace más de treinta años sube a la cueva del Contadero el día 9 de cada mes para rezar a la Virgen Inmaculada, que se le aparece, no solo en esa oquedad, sino en cualquier lugar de su casa. Sus vivencias en torno a este hecho, en los años noventa, causaron una gran conmoción en los medios de comunicación, que se hicieron eco de la noticia.

Todo sucedió en el año 1987 cuando a esta vecina, Flora Ruiz, se le apareció, según ella, la Virgen de la Inmaculada en el interior de la cueva del Contadero. Desde entonces, asegura, no ha dejado de manifestarse. La propia Flora lo cuenta así:

«Yo estaba cosiendo, después de comer, en una habitación donde nos reuníamos todas mis hermanas y mi madre. Allí también rezábamos. En un momento dado observé que unas flores, que estaban en un pequeño altar, se movían y no corría aire ninguno. Una vez que subí la mirada contemplé un gran resplandor y la imagen de la Virgen, con una túnica azul y una especie de manto rústico blanco en la cabeza.»

Sigue relatando que la Virgen le sonrió y le habló para que pidiera por la paz del mundo, porque iban a ocurrir muchas cosas. «La Virgen tenía un rosario en la mano y me enseñó el texto que tenía que rezar para pedir por la paz del mundo y se me quedó en la cabeza a la primera, teniendo en cuenta que apenas sabía leer y escribir», dice Flora. Esa aparición solamente la apreció ella, porque sus hermanas tan solo se percataron de que las flores de las macetas se movían.

A partir de ese momento se aparecía todas las tardes en la habitación de costura, en la misma casa donde Flora reside en la actualidad. Allí rezaba un grupo reducido de personas. En una de las apariciones, le dijo la Virgen que tenía que subir a la cueva del Contadero el día 9 de cada mes, y que se llevara un pañuelo y un tiesto para coger agua de la fuente que existe en la zona.

«Ese primer día 9 íbamos unas doce personas y nos paramos en la fuente. En un momento dado, observé una luz azul muy fuerte y apareció la Virgen, la misma que había visto en mi casa pero más grande. Me dijo que era la Inmaculada Concepción y que pidiera por la paz del mundo.»

También le dijo que cogiera agua de la fuente y que muchos enfermos se curarían si hacían lo mismo. Así estuvo dos años hasta que se extendió la noticia, lo que provocó que visitara la cueva una gran cantidad de personas en busca de una cura para sus dolencias. Tanto es así que, quizá producto de la sugestión o quién sabe si de una realidad, han ido apareciendo muchos testimonios a lo largo de estos años señalando algún tipo de curación por haber rezado en ese lugar o tomado sus aguas. Esto provocó un aluvión de peregrinos que pretendían acceder a esa cueva y beber de sus aguas.

La cueva se encuentra a unos 6 kilómetros de Los Villares y la devoción de Flora Ruiz no ha mermado; no ha faltado a la cueva ni un solo día. Sin embargo, bien porque los efectos curativos de las aguas no han dado los resultados esperados bien por la falta de fe, lo que antaño era fervor religioso por los supuestos milagros casi ha desaparecido. Ahora Flora acude a la cueva prácticamente sola, a excepción de unos cuantos devotos de la Virgen. Todos estos años, la Virgen, según Flora Ruiz, ha seguido apareciéndose en la misma piedra en cada una de sus visitas, aunque, como suele suceder en este tipo de manifestaciones, solo la vidente es capaz de verla. Esto

ha provocado la desconfianza entre muchos de los vecinos, quizá por eso se llegó a asegurar que un niño y una señora de la zona también habían sido testigos de la presencia de la Virgen en ese lugar.



Entrada a la cueva del Contadero.

Como podemos comprobar, son muchos los enclaves cavernarios donde la Virgen parece manifestarse; eso sí, como parece habitual, solo a unos pocos. Para rematar esta historia, la propia Virgen de la Inmaculada manifestó su deseo de que construyeran una ermita junto a la cueva, algo que los vecinos no pretenden llevar a cabo. Quizá por eso la Virgen no tiene tanto interés en obrar allí milagros.

La santa de los exploradores

El santuario de Nuestra Señora de la cueva Santa, en la Villa de Altura, en Castellón, está situado a 811 metros sobre el nivel del mar y a 12 kilómetros de altura. Este santuario rezuma espiritualidad proveniente del interior de una profunda gruta. Lugar de culto y peregrinación desde tiempos ancestrales, tomó especial significado para el cristianismo desde el hallazgo, en 1502, de una imagen de la Virgen a la que atribuyen infinidad de acciones milagrosas. La sima que lo acoge, de 20 metros de profundidad, era conocida desde antiguo con el nombre de cueva del Latonero, y en ella encontraban refugio los pastores y sus ganados, así como los pocos caminantes que por allí pasaban. Así fue hasta que, en el siglo XVI, entre 1503 y 1508, fue hallada en el interior de la gruta la imagen, que con posterioridad se llamó Virgen de la cueva Santa, y se erigió la capilla que, con el paso del tiempo, se transformó en el actual santuario. Precisamente la historia de la cueva Santa se remonta al año 1410, cuando fray Bonifacio Ferrer creó el molde para la fabricación de las imágenes. Estas eran repartidas por el propio fraile a los pastores, para que le dieran culto en sus refugios durante sus ausencias del pueblo, pues su tamaño permitía llevarlas en el zurrón.

Uno de aquellos pastores se resguardó un día con su ganado en la espaciosa cueva del Latonero, pues sabía que allí había un manantial donde podrían beber y descansar tanto él como el ganado, y estarían resguardados de las inclemencias meteorológicas. Pero, un día, no se sabe el motivo, abandonó la cueva y no se llevó consigo la imagen que le había dado el fraile. Casi cien años tuvieron que pasar para que otro pastor de la vecina población de Segorbe, que también entró a pasar la noche con su rebaño, encontrase la imagen abandonada. Se cuenta que, cuando el pastorcillo ya empezaba a dormitar, vio aparecérselle la Virgen, la cual le indicó dónde encontraría una imagen suya para que pudiera darle culto. El pastor fue a buscar en el lugar indicado, y allí, efectivamente, encontró la imagen fabricada por fray Bonifacio Ferrer. La trascendencia de aquel hallazgo, seguida de otros portentos atribuidos a la Virgen, fue atrayendo a muchísimos devotos de la comarca hasta aquella milagrosa cueva, que en los primeros tiempos quedaba bajo los cuidados de voluntariosos ermitaños. Sin embargo, no fue hasta el año 1574 cuando, en Jérica, al matrimonio formado por Isabel Martínez y Juan Monserrate se le desterró del pueblo, debido a que Juan había contraído la lepra, enfermedad entonces maldita. En su largo y desolado camino, llegan a esta cueva, en la que habían oído que tenía su morada una Virgen que obraba milagros a los más necesitados. Isabel, al ver la Virgen, le pidió que curara a su marido, mientras iba lavando las heridas de este con el agua que destilaban las paredes de la gruta. Al noveno día de lavados y rogativas, Isabel contempló atónita cómo todas las llagas de su esposo habían desaparecido por completo, así como los dolores que estas le causaban.

Entusiasmados por la buena nueva, decidieron retomar el camino a Jérica con la esperanza de ser de nuevo admitidos, pero los jurados de la villa tomaron la repentina curación por brujería y los repudiaron de nuevo. Con todas las ilusiones destrozadas, volvieron a la gruta, donde se encontraron a un fraile y una anciana en traje de luto. Al ver aparecer al matrimonio tan abatido, les preguntaron qué era lo que les causaba tal tristeza, y ellos les relataron emocionados los hechos. Al acabar el relato, el fraile extrajo un pergamino y escribió unas letras a los jurados de Jérica para certificar los hechos. El texto finalmente fue a parar a manos del párroco, que, tras leerlo, observó que tales palabras solo podían haber sido escritas por mano santa, y tras escuchar las descripciones dadas por Juan e Isabel, ahora ya readmitidos, sobre quienes les habían entregado el pergamino, el cura no dudó en afirmar que había sido la mismísima Virgen. Para el siguiente domingo, organizó lo que fue la primera romería de acción de gracias a la cueva Santa.

Pero Altura, localidad a la que pertenece la cueva, vio cómo los cartujos se apoderaron de ella para su administración. Durante su estancia mejoraron las infraestructuras de la cueva. También pusieron una campanilla, la cual es conocida porque cuando sonaba era señal de que la Virgen había realizado un milagro. Considerando que la imagen que había de yeso era demasiado pobre para recibir tanta admiración, subieron una imagen de alabastro de la Cartuja denominada «la Primitiva». Pero ni la feligresía de los alrededores ni la villa de Altura estaban conformes, y esto terminó con la expulsión de los frailes de la cueva, que se llevaron la Virgen que habían traído, y de nuevo fue colocada en su lugar la original y antigua de yeso. Aquella victoria en los tribunales provocó una mayor devoción entre el pueblo, de manera que, a partir de entonces, se comenzó a solicitar el traslado de la Virgen en romería a los pueblos casi constantemente, lo que provocó disputas entre algunos por quererla tener en ellos. Esto derivó en varias confrontaciones locales e incluso en algunos aislados actos de violencia, pero se resolvieron en 1950 al acordar que fueran los pueblos los que acudieran al santuario a adorar a la Virgen, y no la imagen a aquellos.

El vandalismo ocurrido durante la Guerra Civil española también llegó hasta el santuario mariano; fue expoliado, y la imagen que desde el siglo XVI había permanecido presidiendo la Santa cueva, partida en varios trozos. La devoción de esta Virgen generó disputas y robos, así que el verdadero milagro hubiera sido que esta talla desapareciera para evitar tales males. Finalmente, en el año 1965, fue nombrada patrona de los espeleólogos españoles.



Santuario de Nuestra Señora de la Cueva Santa.

El milagro de Les Coves

El risco de La Morería, en Les Coves de Vinromá, es un sitio impresionante, una magnífica atalaya sobre el río de Las Cuevas y gran parte de los paisajes circundantes, que tiene fuertes connotaciones históricas y culturales desde los primeros pobladores. Testigos de su paso son las pinturas rupestres en uno de los abrigos del risco y los restos de viviendas de los moriscos, de donde le viene el nombre popular. Pero, sobre todo, La Morería ha quedado en la memoria colectiva por el llamado milagro de Les Coves en la cueva de La Campana. La historia es tan fabulosa que es curioso que no se haya convertido en el símbolo por excelencia de lo que el fervor religioso, la superstición y, probablemente, el mayor de los equívocos pueden llegar a gestar.

La pequeña Raquel Roca, de apenas ocho años (según otras fuentes tenía diez), dispensaba una gran devoción religiosa, por lo que acostumbraba a ir a rezar al interior de unas cuevas cercanas a su casa. A pesar de que en el seno familiar no había gran tradición cristiana, algo curioso para la época, la niña había heredado, no se sabe muy bien de quién, la necesidad de profesar un constante culto a la Virgen. Raquel creía que la soledad de las cuevas le proporcionaría el espacio perfecto para que sus plegarias fueran escuchadas por el Altísimo. Según relata el investigador José Calvo Segarra, Raquel se despertó sobresaltada un día afirmando que la Virgen se le

había aparecido nada más despertarse. Su madre se quedó atónita cuando la niña concretó que había visto a una mujer vestida con una túnica y cuyo pecho estaba atravesado por varias espadas y cuchillos. La madre de Raquel exclamó: «¡Es la Virgen de los Dolores!»». Este hecho podría haber quedado en el olvido de no ser porque, a finales de noviembre de ese año de 1947, Raquel llegó presurosa a su hogar contándole a su padre, nada más y nada menos, que la Virgen María había hecho acto de presencia ante sus ojos, justamente en una cueva del paraje de La Morería. Su padre la acompañó a la llamada cueva de La Campana, pero no divisó milagro ninguno, lo cual no impidió que la niña fuera pregonando a los cuatro vientos su encuentro con la Santísima. Esta historia llegó a oídos del párroco de Vinromá, quien no dudó un momento en calificar como cierta la historia de la niña, lo que provocó que la noticia de la aparición de la Virgen trascendiera de manera virulenta y desmesurada. Para avivar más la llama milagrera, la pequeña Raquel Roca aseguró recibir varios mensajes, pero no solo de la Virgen, sino incluso de otras entidades que supuestamente se le aparecían en la cueva, como santos y santas. Estos mensajes vaticinaban que el 1 de diciembre, justamente a las tres de la tarde, ocurriría un acontecimiento extraordinario en el que el día se volvería noche y se producirían un sinnúmero de milagros. El cura del pueblo dio por ciertas estas premoniciones y apariciones, lo que terminó de convencer a los vecinos de lo milagrero de la situación. Su padre, un hombre descreído de la fe religiosa, llevó a Raquel a varios médicos, incluso puso a su hija en manos de Marco Mereciano, un afamado psiquiatra de Valencia. Este concluyó que la niña no padecía ninguna enfermedad mental más allá del hecho de ser más inteligente de lo usual en aquella época, y determinó que no existía ningún atisbo de montaje premeditado o manipulado por la niña.



La pequeña Raquel Roca.

Ya fuera porque la sociedad de la posguerra en España, que vivía reprimida en grado extremo, necesitara de tales magníficos eventos para aplacar el temor, el hambre y la pobreza, o bien por el fervor religioso reinante, estos hechos tuvieron mucha resonancia, casi hasta provocar la histeria. En esa época, tanto los medios de transporte como las comunicaciones entre los pueblos distaban mucho de lo que son ahora. Aquel 1 de diciembre, la mayoría se desplazaba a pie, otros en carreta o en burro, algunos lo hacían en bicicleta, los menos tenían una moto propia y los más privilegiados tenían automóvil. A pesar de estos inconvenientes, la promesa de un evento milagroso en la cueva llegó a congregarse más de 300.000 personas. El pueblo y los alrededores estaban desbordados. En los caminos y las paupérrimas carreteras, se hacinaban los peregrinos, que se veían obligados a caminar a través del monte para conseguir avanzar por la auténtica riada humana dispuesta a ser testigo del milagro

profetizado por la niña. La multitud no solo se agolpaba en la entrada de la cueva, sino que millares de personas pretendían acceder a la casa de la vidente para, supuestamente, ser bendecidos por su ya indiscutible santidad. Y, por supuesto, como Raquel Roca había vaticinado un gran número de milagros, no faltaban los tullidos, los enfermos o los inválidos. La cantidad de gente fue tal que la propia Guardia Civil tuvo que escoltar a los peregrinos para que no se produjeran incidentes mientras se iban personando a la entrada de la cueva de La Campana, e incluso tuvo que proteger a la propia Raquel, la cual se vio rodeada por miles y miles de personas que pretendían, siquiera, cruzarse con su mirada.

Apenas había espacio para más almas y la gente se agolpaba cubriendo los montículos adyacentes y permaneciendo ansiosa a las orillas de un río cercano, al cual no tardaron en atribuirle propiedades curativas, por lo que no fueron pocos los que se lanzaron a sus aguas para beber, o para mojar con ella brazos o piernas inútiles o amputados. Otros vaciaban sus botellas llenándolas del agua milagrosa. Lo que pocos sabían era que parte de esas aguas provenían de los desagües y del lavadero de la Font de Company, así que el milagro estaba, en realidad, en que nadie enfermara tras su ingesta. Frente a la cueva, permanecían millares de personas expectantes, esperando a que llegara la hora señalada. Tanto fue así que, en Valencia, la compañía de distribución de electricidad había hecho que se encendieran las luces, temiendo que lo que había dicho Raquel se cumpliera.



Llegó la hora, pero nada; nada de nada. El frío comenzó a conquistar la zona mientras, con el inexorable paso del tiempo, las esperanzas de ver un prodigio o algún milagro se fueron truncando. El clero y la Iglesia, que en un principio habían defendido la aparición de la Virgen, desacreditaron el acontecimiento, aduciendo fantasías de la pequeña a consecuencia del visionado de una película que relataba un acontecimiento similar. Esto, unido al fervor de la niña, desembocó en una avalancha de peregrinos. Entre el gentío se oían voces que decían: «Solo los devotos de la Virgen verán el milagro». «Aquel que se marche no será testigo.» Tal fue la terquedad de los allí presentes que el propio gobernador civil de Castellón ordenó a la Guardia Civil que prohibiese el acceso a la cueva. Sin embargo, cuatro meses después, la gente seguía acudiendo al pie de la misma. Entre los peregrinos, se alzaron los que aseguraban que, efectivamente, se había obrado el milagro, y que varias personas que habían llegado al lugar en muletas lo habían abandonado sin ellas. Aunque el verdadero milagro, si se puede denominar así, es que, con tanto gentío no se produjera ningún percance el 1 de diciembre de 1947. Decía el *ABC* el 2 de diciembre:

«Los fenómenos anunciados repetidamente por la citada niña días pasados no se han producido. Se asegura que han ocurrido varios fenómenos de curación aparente, que están bajo control de varios médicos dirigidos por el jefe provincial de Sanidad. Dichos fenómenos han sido: un ciego que ha recuperado la vista, un enfermo de tuberculosis ósea que se siente bien y un mudo que ya habla.»

Días después, fueron desmentidos por la prensa pero, durante meses, mucha gente seguía acudiendo al pie de la cueva esperando curación.

Tras estos acontecimientos sus padres tuvieron que esconder a Raquel, pero no por vergüenza o por la inquina vecinal fruto de la frustración. Tu vieron que aislarla porque la procesión de personas que acudían a su casa para verla y tocarla era casi diaria. Finalmente, decidieron trasladarse a vivir a la localidad de Barbastro y nunca volvieron a su pueblo. Aunque esta historia les acabó pasando factura. La madre de Raquel murió, lo que rompió la familia y la sumió en la tragedia. Dicen que tras la muerte de su padre, vieron a Raquel fugazmente por Les Coves en la cueva de La Campana rezando a la Virgen, la misma que el 1 de diciembre de 1947, en el último momento, decidió dar la espantada por respuesta.